

## **La mercancía general y su misterio. Sobre el significado del dinero en la crítica de la economía política**

### **The General Commodity and its Mystery. On the meaning of Money in the Critique of Political Economy**

Ernst Lohoff

*Grupo Krisis (Alemania)*

Traducción del alemán de Javier Blank

#### RESUMEN

En la crítica marxiana de la economía política el dinero es abordado como una mercancía universal diferente a otras. Que su base fuese el patrón oro en los tiempos de Marx ha sido utilizado para justificar una interpretación de su teoría monetaria como variante de la decimonónica concepción metalista del dinero. De esta forma, ha quedado erróneamente fuera del debate monetario contemporáneo.

El enfoque marxiano no solo tiene la capacidad de explicar la irracionalidad del sistema monetario sobre la base de la irracionalidad del modo de producción capitalista. También permite realizar un análisis categorial del sistema monetario contemporáneo y de la historia de su surgimiento. En contra de la visión generalmente aceptada, la eliminación del patrón-oro no supuso la desaparición de la mercancía-dinero. Simplemente la cambió. Hoy en día, los títulos de deuda negociable y los avales bancarios, que los bancos centrales acumulan a lo largo del proceso de “creación de dinero”, han ocupado el lugar de la mercancía-dinero. Esta transformación de la mercancía-dinero fue inevitable, para liberar la acumulación de capital de su dependencia de una previa producción de plusvalía, como reacción a la crisis de valorización que comenzó en los setenta. Pero

también ha creado un nuevo terreno para la crisis. Al contrario que el patrón-oro, el nuevo soporte monetario está amenazado por una crisis de devaluación.

PALABRAS CLAVE: Teoría monetaria marxiana, sistema monetario, mercancía, dinero, capital ficticio

#### ABSTRACT

In the Marxian critique of political economy, money is understood as the universal commodity set apart from the world of particular commodities. The fact that gold occupied that position in Marx's time has been used to justify discounting his monetary theory as a variant of the nineteenth century metallist concept of money. It has been left out of the contemporary monetary debate—wrongly.

The Marxian approach not only has the capacity to explain the irrationality of the monetary system on the basis of the irrationality of the capitalist mode of production. It also permits a categorical analysis of the contemporary monetary system and the history of its emergence. Contrary to the generally accepted view, the elimination of gold backing did not make the monetary commodity disappear. It only changed it. Today, the tradable debt claims and sureties that central banks accumulate in the course of “money creation” occupy the position of monetary commodity. This change in the monetary commodity was inevitable as a means to liberate capital accumulation from dependency on prior surplus-value generation in reaction to the crisis of valorization that started in the seventies. But it also created new potentialities for crisis. Unlike gold, the new monetary medium is itself threatened by the crisis of devaluation.

KEY WORDS: Marxian monetary theory, monetary system, monetary commodity, fictitious capital

#### EL ERROR FUNDAMENTAL DEL CONCEPTO DOMINANTE DE DINERO

Si buscamos el significado del término “economía” en la *Enciclopedia Brockhaus*, encontraremos la siguiente definición: “En la existencia humana, la economía sirve para la preservación material y la salvaguarda de la vida del individuo o de un conjunto de seres humanos. Su función y objetivo es la satisfacción permanente de la necesidad humana de bienes y servicios”. A partir de ese entendimiento común, por lo tanto, la moderna sociedad productora de

mercancías se distingue de todos los demás modos históricos de producción tan solamente por llevar a cabo de manera particularmente eficaz el suministro de bienes a las personas, que sería el contenido supra-histórico de todas las economías.

A pesar de la eterna predisposición de los economistas por robinsonadas, los seres humanos nunca producen aisladamente para sí mismos, sino siempre en un contexto social y dependiendo de los productos de otros para satisfacer sus necesidades. El pensamiento dominante sólo conoce una forma racional de acceso a los productos de los demás: el intercambio. En una sociedad funcionalmente muy diferenciada, el cambio de propietario de los bienes por medio del intercambio presupone la existencia de dinero. Siempre se da por sentado, por lo tanto, que la relación entre los sujetos económicos, y en general todos los procesos económicos, se manifiestan monetariamente.

Como se sabe, el dinero no puede ser comido ni sirve para satisfacer cualquier otra necesidad sensorial. Por lo tanto, el pensamiento económico dominante se basa en dos premisas contradictorias. Por un lado, la riqueza capitalista es constituida por los bienes de uso producidos y las necesidades que estos satisfacen; por otro lado, la riqueza capitalista siempre se presenta en la forma no-sensorial de meras cantidades de dinero. Estos dos puntos de vista sólo pueden ser reunidos si se parte de un concepto determinado de dinero que lo trata como un objeto ajeno a la mercancía y excluye de la riqueza capitalista justamente aquella forma que es su representación universal. Minimizado a mero “lubricante de la economía”, el dinero se opone exteriormente a la verdadera riqueza.

La interpretación del capitalismo como un modo de producción supuestamente orientado por las necesidades humanas ya se encuentra en Adam Smith. En la década de 1760, predicó a sus estudiantes de Glasgow: “La consumibilidad de bienes, si podemos usar esa palabra, es la gran causa de la industria humana” (Smith 1763: 199). Según Smith, por lo tanto, de lo que se trata en la economía es del uso material-concreto de las cosas producidas. La “teoría de los dos mundos”, según la cual dinero y mercancía deben ser esencialmente diferentes, también se remonta al antepasado de la economía política clásica. En su obra fundamental enfatizó enérgicamente sobre el dinero: “la gran rueda de la circulación es del todo diferente de las mercancías que hace circular” (Smith 2005: 238 [Libro II, cap. 2]). El propio dinero, por lo tanto, no pertenece a la riqueza capitalista, sólo facilita el intercambio de bienes. El hecho de que en aquel momento una parte considerable de los medios de circulación consistiera en monedas de oro no

disuadió a Smith de esa interpretación. El material utilizado para acuñar las monedas de oro era para él, desde luego, parte potencial de la riqueza en mercancías. Pero ya que para Smith lo esencial de una mercancía era su utilidad material concreta, el metal precioso sólo podía ser una mercancía en la medida en que se utilizara efectivamente para satisfacer necesidades materiales-sensoriales, por ejemplo, como materia prima para joyería o como relleno para dientes. La acuñación significaría, al contrario, la expatriación del metal precioso utilizado fuera del universo de las mercancías. Como medio de cambio, y por lo tanto con un uso puramente social, en vez de ser utilizado para objetivos materiales-sensoriales, el oro es convertido en mercancía desactivada<sup>1</sup>. Cae fuera de la riqueza social y se opone a ella como algo esencialmente ajeno.

La ciencia económica ha cambiado mucho desde los días de Adam Smith. No obstante, la mistificación del modo de producción capitalista como un modo económico orientado a la satisfacción de necesidades humanas y la idea correspondiente de una distinción fundamental entre dinero y mercancía se han mantenido. En ello se basa también el concepto meramente funcionalista del dinero de la teoría económica actual. El pensamiento económico dominante asume que el dinero, supuestamente un mero signo, es esencialmente diferente de las mercancías, a las cuales se opone. Al mismo tiempo, al ser determinado por sus funciones, el dinero se reduce a una instancia mediadora entre los bienes.

Considerando cualquiera de las tres funciones clásicas que, según el entendimiento común, distingue al dinero (medio de pago, conservación de valor y medida de valor), éste aparece con ningún otro significado más que como instrumento del tráfico de mercancías. Como medio universal de pago, el dinero permite multiplicar el número de transacciones que cada sujeto económico puede realizar<sup>2</sup>. Además, debido a su función de conservación de valor, el dinero

---

<sup>1</sup> El oro desactivado como mercancía puede ser reactivado. Sólo basta que las monedas sean fundidas otra vez y sean usadas para consumir.

<sup>2</sup> La ciencia económica burguesa siempre presupone como un orden natural la disolución de la sociedad en productores privados separados. Por consiguiente, la única alternativa posible al dinero sería un “intercambio natural” en el cual los productores A y B intercambian mutuamente sus bienes. Pero esta relación de equivalencia construida sin dinero es evidentemente mucho más deficiente que las relaciones monetarias. La realización de tal “intercambio natural” presupondría que el propietario A encuentre al propietario B, quien precisamente estaría buscando la mercancía que A quiere entregar, y al mismo tiempo tiene para ofrecer la mercancía que A desea. Tal encuentro es muy improbable. Al anular la necesidad de una complementariedad y permitir que cada sujeto económico realice la compra y la

permite la separación temporal entre la compra y la venta. Mediante el dinero, el vendedor no tiene que actuar al mismo tiempo como comprador, pudiendo ampliar sus opciones de intercambio a mercancías que actualmente no están en el mercado. También en su función de unidad de cálculo y medida de valor, el dinero aparece como una magnitud subordinada a la supuesta primacía de los bienes y sus utilidades. El dinero permite a los sujetos comparar su respectivo bien con todos los otros bienes, produciendo así la unidad *ideal* del universo de mercancías. Medidas en dinero todas las mercancías son cualitativamente iguales.

Desde los tiempos de Adam Smith, la misma leyenda de origen acompaña a la idea del dinero como mero medio de tráfico de mercancías. El surgimiento del dinero es derivado directamente del intercambio y la necesidad del intercambio es vinculada directamente a la división social del trabajo: “En los comienzos de la división del trabajo, el intercambio fue a menudo muy lento y entrecortado [...] un carnicero tiene en su tienda más carne de la que puede comer, y tanto el cervecero como el panadero están dispuestos a comprarle una parte, pero sólo pueden ofrecerle a cambio su pan o su cerveza. Si el carnicero ya está suficientemente abastecido para sus necesidades inmediatas, no habrá comercio” (Smith 2005: 23 [Libro I, cap. 4]). Frente a este problema, personas ingeniosas habrían inventado el dinero, pues posibilita a los sujetos eliminar la restricción de la complementariedad de las necesidades y separar la compra y la venta.

#### EL DINERO COMO FORMA DE REPRESENTACIÓN DE LA RIQUEZA ABSTRACTA

Ese mito de origen, que es parte del concepto funcionalista del dinero, presupone que desde siempre los productores producen como individuos aislados y sólo se relacionan entre ellos en el mercado. Esa es una idea completamente absurda en relación a las sociedades tradicionales. Como ya fue resaltado por Polanyi (1990) en su obra clásica *La gran transformación*, en realidad en las sociedades precapitalistas la producción de riqueza material estaba incrustada en relaciones de dependencia personal. Esas relaciones estructuraban el contenido y la organización de la producción, así como la distribución de los bienes producidos. El desincrustamiento de la economía de ese contexto, la transformación de la sociedad en un sistema de “insociable sociabilidad” (Kant) es idéntica a la historia

---

venta en relación con diferentes sujetos, el dinero permite el intercambio universal de mercancías.

de la constitución del capitalismo. Smith y sus herederos proyectaron y proyectan en el pasado relaciones genuinamente capitalistas.

Marx no sólo criticó a la economía burguesa por tratar al intercambio como un hecho natural eterno, sino que encontró en la disolución de la sociedad en una sociedad de productores privados separados la característica básica del modo de producción capitalista. Esta característica constituye el verdadero punto de partida lógico del análisis en *El capital*. Ya en el primer capítulo de su obra principal, Marx apuntó consecuencias profundas para la estructura de la sociedad a partir del hecho que las personas actúen como productores privados separados y dejen que el vínculo social sea establecido por los productos de su trabajo. La sociabilidad de las personas se desliza a sus productos y se enfrenta a ellas como una relación entre cosas y, por lo tanto, como un poder ajeno y exterior. Debido a que en el capitalismo los miembros de la sociedad se relacionan entre sí solamente como productores privados y sujetos de intercambio, y por lo tanto a través de los productos que intercambian, éstos adquieren una vida propia “rica en sutilezas metafísicas y retencencias teológicas” (MEW 23: 85 [ed. en esp.: Marx 2008:87]).

Evidentemente, los productos de la mano humana no pierden en el capitalismo su cualidad de cosas útiles que satisfacen necesidades sensoriales. Una hoja de papel producida de manera capitalista también sirve para escribir; harina producida de manera capitalista sirve para hornear. Sin embargo, esta utilidad no es el único sentido ni, como desde siempre supone la economía burguesa, el más importante de la mercancía. Al transformarse en una mercancía, un simple producto humano se convierte en una “cifra social” y por lo tanto en una cosa “sensorialmente suprasensible” (MEW 23: 85 [ed. en esp.: Marx 2008: 87]). La producción de riqueza en el capitalismo no sólo juega un papel central porque es la actividad que funda el contexto social; la transformación de los productos del trabajo en instancia de mediación social cambió también radicalmente el *contenido* de la riqueza social. Emergió un segundo tipo de riqueza, que no existe en otras formaciones sociales y que es fundamentalmente diferente de la riqueza material-sensorial: riqueza abstracta o, lo que es lo mismo, riqueza en valor. Este segundo tipo de riqueza suprasensible y genuinamente capitalista y su multiplicación constituyen el alfa y omega de la vida económica moderna. Las mercancías, a su vez, representan riqueza social sólo en su calidad de portadoras de valor, no por su valor de uso.

Con excepción de los economistas especializados empeñados en sus modelos, todo el mundo sabe cómo el dominio del valor se hace sentir en la superficie de los procesos económicos: si la producción de manzanas o autos no permite ganar dinero, entonces ella pierde su sentido y es interrumpida. El momento primordial y determinante de la economía capitalista no es en absoluto el valor de uso y la satisfacción de necesidades, tal como asume la teoría económica como heredera del error fundamental de la economía política clásica, sino únicamente la generación y multiplicación de valor. Esto significa que en el concepto establecido del dinero, su relación con los bienes se encuentra invertida. El dinero no es un mero medio sin significado económico propio, sino que los diversos bienes, con sus valores de uso concretos, no representan más que una efímera estación de paso en el movimiento tautológico de la transformación del dinero en más dinero. La producción y distribución de bienes es sólo un fenómeno secundario necesario para el ciclo del capital, que tiene al dinero como punto de partida y de llegada. Precisamente porque el dinero, como entidad meramente social, no tiene ningún valor de uso material-sensible, es que como “modo de existencia absoluta del valor de cambio” representa la riqueza abstracta como tal. Y al comprender la riqueza capitalista como riqueza abstracta, para Marx, al contrario de los clásicos, el dinero forma parte integral de la riqueza capitalista.

#### EL DINERO, LA MERCANCÍA GENERAL EXTERIORIZADA

En el Libro I de *El capital*, Marx reveló su punto de vista sobre la diferencia fundamental entre su crítica de la economía política y la economía clásica: "Una de las fallas fundamentales de la economía política clásica es que nunca logró desentrañar, partiendo del análisis de la mercancía y más específicamente del valor de la misma, la forma del valor, la forma misma que hace de él un valor de cambio. Precisamente en el caso de sus mejores expositores, como Adam Smith y Ricardo, trata la forma del valor como cosa completamente indiferente, o incluso exterior a la naturaleza de la mercancía. Ello no sólo se debe a que el análisis centrado en la magnitud del valor absorba por entero su atención. Obedece a una razón más profunda. La forma de valor asumida por el producto del trabajo es la forma más abstracta, pero también la más general, del modo de producción burgués, que de tal manera queda caracterizado como tipo particular de producción social y con esto, a la vez, como algo histórico. Si nos confundimos y la tomamos por la forma natural eterna de la producción social, pasaremos también por alto, necesariamente, lo que hay de específico en la forma de valor,

y por tanto en la forma de la mercancía, desarrollada luego en la forma de dinero, la de capital, etc. Por eso, en economistas que coinciden por entero en cuanto a medir la magnitud del valor por el tiempo de trabajo, se encuentran las ideas más abigarradas y contradictorias acerca del dinero, esto es, de la figura consumada que reviste el equivalente general. Esto por ejemplo se pone de relieve, de manera contundente, en los análisis sobre la banca, donde ya no se puede salir del paso con definiciones del dinero compuestas de lugares comunes” (MEW 23: 95, n.32 [ed. en esp.: Marx, 2008: 98-9, n.32]).

No es casualidad que Marx llegue a hablar de la cuestión del dinero al localizar la debilidad fundamental de la economía clásica en su falta de comprensión de la cuestión de la forma del valor. Al tomar el análisis de la forma del valor como punto de partida de la investigación del modo de producción capitalista, se accede a la cuestión del dinero de una manera fundamentalmente diferente a la comprensión de la economía política clásica. Ella y sus sucesores derivan el dinero del intercambio. El dinero sólo existiría porque es necesario algo que intermedie el intercambio de bienes. Al contrario, a partir de la perspectiva del análisis de Marx de la forma del valor, el dinero surge directamente de las contradicciones internas de la mercancía.

El trabajo de productores privados –punto de partida lógico de la argumentación de Marx– ya contiene esa contradicción que se expresa en su carácter dual. Por un lado, en la producción de coches, masa de pudín o adoquines, se ejecuta un trabajo concreto que tiene un contenido determinado; ese trabajo concreto forma el valor de uso de cada mercancía particular, que la distingue de las otras mercancías, lo cual a su vez es el requisito previo para que esa mercancía encuentre un comprador que esté interesado precisamente en sus propiedades materiales-sensoriales específicas. Por otro lado, el trabajo en el capitalismo constituye una dimensión puramente social, el trabajo abstracto, general, en el que todo contenido concreto de la actividad se extingue y es reducido al contenido fantasmal de tiempo de trabajo abstracto socialmente necesario. La razón para ello radica precisamente en la fragmentación del vínculo social en productores privados aislados, los cuales se socializan al equiparar sus productos producidos privadamente y revestirlos de un denominador común. Considerada de esa manera, la dimensión social de las mercancías consiste pues, en representar una determinada suma de valor de cambio, o mejor dicho, de valor. En otras palabras: la mediación social tiene lugar por medio de los productos del trabajo y por lo tanto por medio del trabajo (Postone 2003: 234 [ed. esp.: 2006: 211 y ss.]), y sólo en este sentido se puede decir que el trabajo abstracto constituye la sustancia del valor. El valor tiene una sustancia solamente porque



representa una relación social particular, la relación entre productores privados. Y al igual que dicha relación, también el valor y la sustancia del valor tienen por lo tanto un carácter histórico específico, y sólo tienen validez bajo las condiciones de la formación social capitalista.

La contradicción fundamental de que el trabajo social se ejecuta privadamente y la mediación sólo ocurre a través de la interrelación de los productos del trabajo ya implica que esa mediación puede fallar. Por lo tanto, el trabajo privado individual, siempre y cuando produzca mercancías, es la forma constitutiva de las relaciones sociales de producción. No obstante, el dispendio individual de fuerza de trabajo, en su dimensión cuantitativa como expresión de una determinada suma de valor, nunca es desde el principio una parte válida de la producción de riqueza social. El reconocimiento social del tiempo de trabajo ejecutado es decidido *ex post*, en el encuentro en el mercado de los diferentes productos del trabajo privado separado. “El tiempo de trabajo social sólo existe, por así decirlo, en forma latente en estas mercancías, y solo se revela durante su proceso de intercambio. No se parte del trabajo de los individuos en calidad de trabajo comunitario, sino, a la inversa, de trabajos particulares de individuos privados, los cuales solo en el proceso de intercambio, y por supresión de su carácter originario, se revelan como trabajo social general. De ahí que el trabajo social general no sea una premisa acabada, sino un resultado en devenir” (MEW 13: 31 y ss. [ed. en esp.: Marx, 2008a: 29]).

Para que el tiempo de trabajo social existente de manera latente en la mercancía pueda manifestarse como valor, ésta debe intercambiarse con otra mercancía y su valor de cambio materializarse en su valor de uso<sup>3</sup>. La compulsión de deshacerse de su respectiva y limitada forma sensorial concreta, para realizar su propio significado social como portadora de valor de cambio, se aplica de la misma manera a todas las mercancías particulares. Sin embargo, la insuficiencia común

---

<sup>3</sup> Una mercancía que no consigue entrar en la circulación no puede realizar su significado social. *Por lo tanto, su valor no existe independientemente de su circulación. Pero esto no significa que la circulación constituya el valor posteriormente. Más bien, la transformación de la producción de bienes en un medio de producción de valor engendra la esfera de la circulación.* Ésta es la lógica básica cuando Marx escribe: “La antítesis inmanente a la mercancía —valor de uso y valor, trabajo privado que a la vez tiene que presentarse como trabajo directamente social, trabajo específico y concreto que al mismo tiempo cuenta únicamente como general y abstracto, personificación de la cosa y cosificación de las personas—, esa contradicción inmanente, adopta sus formas más evolucionadas de movimiento en las antítesis de la metamorfosis mercantil” (MEW 23: 128 [ed. en esp.: Marx, 2008: 138]).

obliga a las mercancías a exteriorizar de sus filas a una de ellas y liberarla de esa deficiencia. Esta mercancía exteriorizada recibe el valor de uso particular, diferente del resto de las mercancías, de representar el valor de cambio. Se transforma en la reina de las mercancías, en la mercancía por excelencia: se convierte en dinero. Marx resumió el resultado de la siguiente manera: "De este modo queda resuelta en la mercancía la contradicción que encierra la mercancía como tal: la de ser, en cuanto valor de uso particular, y al mismo tiempo, equivalente general y, por ende, valor de uso para todos, valor de uso general. Por lo tanto, mientras todas las demás mercancías representan ahora, en primera instancia, su valor de cambio como una ecuación ideal, que aún queda por realizar, con la mercancía exclusiva, en ésta su valor de uso, aunque real, aparece en el propio proceso como mera existencia formal, que aún ha de realizarse por transformación en valores de uso reales. Originariamente, la mercancía se presentaba como mercancía en general, como tiempo de trabajo general materializado en un valor de uso particular. En el proceso de intercambio, todas las mercancías se refieren a la mercancía exclusiva como mercancía en general, como *la* mercancía, como existencia del tiempo de trabajo general en un valor de uso particular. Por ello, en cuanto mercancías *particulares* se comportan por oposición a una mercancía particular en cuanto la mercancía *general*. [...] La mercancía particular que representa de este modo la existencia adecuada del valor de cambio de todas las mercancías, o el valor de cambio de las mercancías como una mercancía particular y exclusiva, es... el *dinero*" (MEW 13: 34 [ed. en esp.: Marx, 2008a: 32-3]).

Marx reclama para sí el haber revelado el enigma del dinero con su análisis de la exteriorización de una mercancía absoluta<sup>4</sup>. Los comentarios de teoría dineraria en sus escritos de crítica de la economía política se concentran en ese problema fundamental: "La dificultad principal en el análisis del dinero queda superada en cuanto se ha comprendido su origen a partir de la propia mercancía. Sentada esta premisa, se trata ya solo de captar de una manera pura sus determinaciones formales peculiares, cosa que se dificulta de algún modo porque todas las relaciones burguesas aparecen revestidas de oro o plata, como relaciones

---

<sup>4</sup> En *El capital* se afirma: "No hay quien no sepa, aunque su conocimiento se reduzca a eso, que las mercancías poseen una forma común de valor [...] la forma de dinero. De lo que aquí se trata [es de] la *génesis* de esa forma dineraria, siguiendo, para ello, el desarrollo de la expresión del valor contenida en la relación de valor existente entre las mercancías: desde su forma más simple y opaca hasta la deslumbrante forma de dinero. Con lo cual, al mismo tiempo, el enigma del dinero se desvanece" (MEW 23: 62 [ed. en esp.: Marx, 2008: 59]).

dinerarias, y por ello la forma del dinero parece tener un contenido infinitamente variado, que en rigor le es ajeno. En la investigación que sigue es menester recordar que sólo se trata de las formas del dinero que surgen directamente del intercambio de las mercancías, pero no de sus formas pertenecientes a un estadio superior del proceso de la producción, como por ejemplo el dinero de crédito. Por razones de simplificación se supone, en todos los casos, al oro como mercancía dineraria” (MEW 13: 49 [ed. en esp.: Marx, 2008a: 49]).

Para Marx, la cuestión central de la teoría dineraria era el desarrollo del fetiche de la mercancía en fetiche del dinero. Él quería explicar cómo, en el capitalismo, el individuo “lleva consigo en el bolsillo [...] su poder social, así como su nexo con la sociedad”, en la forma del dinero (MEW 42: 90 [ed. en esp.: Marx, 2007: 84]). El punto de ruptura de la crítica de la economía política, el análisis del modo de producción capitalista como una forma de socialización fetichista, que produce una forma de riqueza propia, genuinamente capitalista, desempeñó un papel marginal en el debate marxista. Esto es aún más cierto para la recepción no marxista de Marx. Esa percepción tuvo consecuencias fatales para la teoría dineraria de Marx. El hecho de que, para simplificar, Marx haya presentado al oro como rey de las mercancías, fue aprovechado para identificar su concepto de dinero con el metalismo de los clásicos y, de este modo, ignorar el contenido específico de su teoría dineraria. En un clásico de la historia de la teoría económica se afirma lo siguiente: “El metalismo ha contado con representantes de las más diversas corrientes teóricas como defensores de sus ideas. Bajo la influencia de la doctrina clásica, Marx desarrolló en *El capital* una teoría dineraria estrictamente metálica al refutar decididamente la concepción del dinero como mero signo y, al mismo tiempo, tratar de probar que el dinero como mercancía deriva su valor exclusivamente del tiempo de trabajo necesario para su producción” (Stavenhagen 1969: 432). Así, la teoría de Marx es vista a través del lente de la contienda entre nominalismo y metalismo, que dominó el debate de la teoría dineraria en el siglo XIX<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Representa esta visión incluso un autor como Schumpeter, uno de los pocos economistas burgueses reconocidos que ha tratado más profundamente Marx, y en general en tono benevolente. Como los demás representantes de su disciplina, a partir del hecho de que Marx no hubiera presentado ninguna teoría dineraria separada del resto de su teoría, concluyó que éste no había presentado ninguna teoría dineraria significativa. Se refirió a “la extremadamente débil actuación de Marx en el campo del dinero, donde ni siquiera consiguió aproximarse al estándar ricardiano” (Schumpeter 1946: 23 [cap.: “Marx, el economista”).

En realidad, la crítica de la economía política y la economía política clásica son mundos separados en relación a la determinación del dinero. Esta última tenía bien merecida la etiqueta de metalismo pues de hecho establecía en el oro y la plata, o cualquier otra mercancía negociada en los mercados de bienes, una base supuestamente ineludible del sistema monetario. Mientras que el concepto de Marx del dinero como una mercancía separada permite que la mercancía dinero sea reclutada también de otra sección del universo de las mercancías. Derivar la necesidad de una mercancía dineraria no implica de ninguna manera que el círculo de candidatos se limite a las mercancías de los mercados de bienes. Aun cuando Marx nunca investigó ese caso, que complica el análisis, de acuerdo con la lógica interna de su argumentación la mercancía dineraria puede originarse también de las mercancías negociadas en los mercados de capitales<sup>6</sup>.

Esta diferencia decisiva entre la teoría clásica y la teoría de Marx surge directamente de las nociones del contenido de la riqueza capitalista. Como ya fue señalado, Adam Smith, el padre de la economía clásica, vio en los valores de uso destinados al consumo la verdadera riqueza de las mercancías y trató a su valor de cambio como algo subordinado.

Pero al interpretar a la mercancía de esa manera y al mismo tiempo defender la tesis de que sólo una mercancía potencial puede ejercer las funciones propias del dinero, la selección de posibles candidatos a mercancía dinero se reduce necesariamente a las mercancías dotadas de un valor de uso material-sensorial, por lo tanto, a las mercancías de los mercados de bienes. Marx, al contrario, concebía que en el capitalismo lo único socialmente relevante en las mercancías particulares era el valor de cambio. El dinero representaba para él simplemente la encarnación del valor de cambio: “Es fundamento de la producción capitalista el que el dinero enfrente, como forma autónoma del valor, a la mercancía, o sea que el valor de cambio deba adquirir una forma autónoma en el dinero, y esto sólo es posible al convertirse una mercancía determinada en el material con cuyo valor se miden todas las demás mercancías; el que precisamente en virtud de ello se convierta en la mercancía general, en la mercancía *par excellence*, en contraposición a todas las mercancías restantes” (MEW 25: 532 [ed. en esp.:

---

<sup>6</sup> Con mercancías del mercado de capitales entiendo títulos de propiedad como acciones y bonos. Ellas surgen cuando el capital dinerario se convierte en mercancía. A diferencia de las mercancías de los mercados de bienes, representan reclamaciones de valor futuro (Lohoff 2014; Lohoff y Trenkle 2012). A continuación discutiré más detalladamente este tipo específico de mercancía y sus implicaciones para la teoría dineraria.

Marx, 2009: 665]). Esta argumentación es diametralmente opuesta a la clásica no sólo porque toma al dinero, expatriado de la riqueza capitalista por los clásicos, como la “mercancía absoluta”; además, si el valor de cambio es la esencia de la mercancía, el círculo de candidatos a rey de las mercancías se extiende lógicamente a aquellas mercancías que representan valor de cambio, sin por ello estar dotadas de valor de uso material-sensorial.

#### DEL FETICHE DE LA MERCANCÍA PASANDO POR EL FETICHE DEL DINERO HASTA EL FETICHE DEL CAPITAL

La economía burguesa quiere reconocer en el modo de producción capitalista un modo decididamente racional de actividad económica. La crítica de la economía política descifra esta supuesta encarnación de una forma racional de generación de riqueza como un absurdo sistema fetichista de varios niveles. La mercancía tiene ya un carácter fetichista porque las relaciones sociales de los seres humanos se deslizan a los productos del trabajo y se enfrentan a aquellos en esa forma objetiva como un poder exterior. O para ponerlo en las palabras de Marx: “Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores (MEW 23: 86 [Marx 2008: 88]). Esta lógica fundamental del fetichismo, la alienación de una relación en una cosa autónoma, se repite a su vez en la propia mercancía. La dimensión del valor de cambio de la mercancía se autonomiza como un objeto especial que existe al lado de la mercancía particular, la mercancía general exteriorizada. Este es el núcleo del fetiche del dinero: “La determinación del producto como valor de cambio supone por lo tanto necesariamente que el valor de cambio reciba una existencia separada, escindida del producto. El valor de cambio escindido de las mercancías mismas y existente él mismo como una mercancía junto a ellas, es: *dinero*. Todas las propiedades de la mercancía en cuanto valor de cambio se presentan en el *dinero* como un objeto distinto de ella, como una forma de existencia social escindida de su forma de existencia natural” (MEW 42: 80 [Marx 2007: 70]).

Pero la secuencia del fetichismo de ninguna manera está concluida. La transformación de una relación social en la propiedad de una cosa con existencia aparentemente autónoma se presenta también en otro nivel, en el de las

relaciones de capital. En el análisis de Marx, el capital es, ante todo, un proceso social que consta de tres metamorfosis<sup>7</sup> en las que, por la utilización del valor de uso particular de la mercancía fuerza de trabajo, el valor se transforma en “un sujeto automático” (MEW 23: 169 [Marx 2008: 188]) de valorización del valor. Este proceso produce a su vez una forma de fetiche particular, el fetiche del capital.

Por ser el “modo de existencia absoluto del valor de cambio”, el dinero ocupa también una posición privilegiada en el ciclo del capital. Mientras las mercancías particulares sólo pueden ser estaciones de paso en el proceso de valorización del valor, el dinero constituye su punto de partida y de llegada. El proceso de valorización del valor se manifiesta como el movimiento del fin en sí mismo de la transformación de dinero en más dinero. Esto repercute sobre el propio dinero. Su posición especial en el universo de mercancías como punto de partida del ciclo del capital le concede “además del valor de uso que posee como dinero, un valor de uso adicional: el de funcionar como capital. Su valor de uso consiste, en este caso, precisamente en la ganancia que produce al estar transformado en capital. En este carácter de capital potencial, de medio para la producción de la ganancia, se convierte en mercancía, pero en una mercancía *sui generis*” (MEW 25: 351 [ed. en esp.: Marx 2009: 434]).

Al transformarse el dinero mismo, en su calidad de capital potencial, en una mercancía potencial, no sólo el valor de cambio de las mercancías asume en el dinero una forma separada de la mercancía misma. También la relación capital adquiere en el dinero una forma exterior a la valorización del valor efectiva y desprendida del capital funcionante y de su ciclo. Esta es, al lado del fetiche del dinero, otra forma de fetiche, el fetiche del capital.

Hay diversas formas en las cuales el dinero, en su calidad de capital potencial, puede transformarse en mercancía y como tal en un representante exteriorizado. Marx examinó sobre todo una variante de la “enajenación de la relación de

---

<sup>7</sup> La primera metamorfosis consiste en la compra de fuerza de trabajo y medios de producción. Mercancías particulares toman el lugar de la mercancía general. En el proceso de producción surge una nueva mercancía en la que no sólo reaparece el valor de los medios de producción y la fuerza de trabajo utilizados; porque el valor de uso suprasensible y genuinamente social característico de la fuerza de trabajo es el de poder generar valor más allá de sus propios costos de producción, esta nueva mercancía representa más valor que la suma de dinero originalmente adelantada. En una tercera metamorfosis, el valor y plusvalor de la nueva mercancía asumen la forma del dinero. D se ha convertido en D’.

capital” (MEW 25: 404 [ed. en esp.: Marx 2009: 499]), a saber, el capital que devenga interés. Allí observó ante todo la forma en que el fetiche del capital se presenta para el prestamista potencial de capital dinerario: “Depende del poseedor del dinero, es decir de la mercancía en su forma siempre intercambiable, el que quiera gastarlo como dinero o alquilarlo como capital. En el capital que devenga interés, por consiguiente, este fetiche automático —el valor que se valoriza a sí mismo, el dinero que incuba dinero— se halla cristalizado en forma pura, en una forma en la que ya no presenta los estigmas de su origen. La relación social se halla consumada como relación de una cosa, del dinero, consigo misma. En lugar de la transformación real de dinero en capital, solo se presenta aquí su forma carente de contenido. Al igual que en el caso de la fuerza de trabajo, en este caso el valor de uso del dinero se convierte aquí en el de crear valor, un valor mayor que el que se halla contenido en sí mismo. El dinero en cuanto tal ya es, potencialmente, valor que se valoriza, y se lo presta en cuanto tal, lo cual constituye la forma de la venta de esta mercancía peculiar. De esta manera se convierte por completo en atributo del dinero el de crear valor, de arrojar interés, tal como el atributo de un peral es el de producir peras. Y el prestamista de dinero vende su dinero en su carácter de semejante cosa que devenga interés” (MEW 25: 405 [ed. en esp.: Marx 2009: 500-1]).

#### MERCANCÍAS DE SEGUNDO ORDEN

El fragmento recién mencionado es muy popular en el debate marxista. Sin embargo, esa cita y el problema del fetiche del capital son interpretados generalmente como una mera crítica de la ideología. Según la versión corriente, que el mundo de las finanzas pueda crear riqueza (capitalista) sin la utilización real de trabajo es una mera ilusión óptica. Eso es en cierto modo correcto. Cualquiera que plante un billete de 20 euros en una maceta no observará, aun regándolo regularmente, ningún crecimiento de la riqueza abstracta. El capital no es una cosa, es una relación social que aparece como una cosa y, consecuentemente, su multiplicación es el resultado de relaciones sociales. Sin embargo, aparte de la formación de capital por medio de la utilización de la mercancía fuerza de trabajo, bien conocida en el debate marxista, existe una segunda variante, ocultada en ese debate. La relación creada por medio de la venta de la mercancía capital dinerario también puede engendrar riqueza abstracta. La formación de capital desvinculada de la valorización efectiva de valor no es una mera ilusión subjetiva; el fetiche del capital es, como el fetiche de la mercancía y el fetiche del dinero, un *fetiche real*.

Para comprender el mecanismo de formación de capital más allá de la valorización del valor se debe tener en cuenta sobre todo una característica peculiar de la mercancía capital dinerario: la doble utilización de su valor de uso por parte del comprador y el vendedor. En el mercado de bienes, analizado por Marx en el libro I de *El capital*, eso es inconcebible. Después de haber vendido una manzana, el vendedor no puede comerla. Para ese sector del universo de las mercancías, la venta significa inevitablemente el traspaso completo y definitivo del valor de uso de la mercancía para el comprador. En la venta de una suma de dinero como capital dinerario, el comprador, desde luego, también recibe el valor de uso del dinero. Tiene ahora en sus manos la suma de dinero y puede emplearla, por ejemplo, como medio de cambio. Pero eso no significa que el vendedor, en contrapartida, no pueda ya usar el valor de uso de la suma de dinero. Al contrario, renunciando a su dinero bajo la condición de que le retornará más tarde aumentado, utiliza su valor de uso como capital potencial. Pero la venta de la suma original de dinero no sólo permite la utilización de su valor de uso por dos actores económicos diferentes. En forma de préstamo o de algún otro modo, en su cesión como capital dinerario<sup>8</sup> se da una duplicación en lo que respecta al valor de cambio, por el período de esa transferencia. La suma original de dinero ha pasado al comprador del capital dinerario, pero el vendedor no quedó de ninguna manera con las manos vacías. Éste dispone de una reclamación monetaria en relación al comprador del capital dinerario, y ella es su capital. Para diferenciarlas del capital funcionante empleado en la producción de valor real, Marx denominó esas imágenes especulares de la suma de dinero original autonomizadas como “capital ficticio”.

El significado económico de ese “capital ficticio” depende a su vez de la forma social que éste asume. Mientras la imagen especular del capital original sea una reclamación personal de amortización e intereses intransferible, como en un crédito entre personas privadas, la imagen especular representa capital para el propietario, pero no entra en el ciclo económico y, en este sentido, la duplicación de la suma inicial en original e imagen especular no tiene consecuencias para el capital en su conjunto. Pero esto cambia cuando la imagen especular del capital inicial, la promesa de pago, circula. Esto puede suceder indirectamente, por ejemplo, cuando el capital dinerario es prestado a un banco y se convierte en el punto de partida de los préstamos que el propio banco realiza. En este caso, se crea capital adicional. Esto puede efectuarse también directamente, cuando la reclamación monetaria asume ella misma la forma de

---

<sup>8</sup> Además del préstamo de capital monetario, la compra de acciones es una de las formas tradicionalmente más importantes de venta de ese capital.



una mercancía negociable, en forma de acciones o títulos de deuda, como los bonos corporativos o estatales. Estas mercancías negociadas en los mercados de capitales representan riqueza capitalista tanto como las mercancías producidas por el capital en funcionamiento. Sin embargo, su génesis se distingue fundamentalmente de la de las mercancías negociadas en los mercados de bienes. Mientras estas últimas representan trabajo anterior, es decir valor ya generado, las primeras encarnan valor *futuro* precapitalizado. Por ello he denominado a las mercancías negociadas en los mercados financieros como mercancías de segundo orden, para diferenciarlas de las mercancías negociadas en los mercados de bienes, que he denominado como mercancías de primer orden (Lohoff y Trenkle 2012: 124-138). Por lo tanto, que el dinero también pueda incubar dinero sin el rodeo de la utilización de trabajo vivo no es un mero error de percepción de los capitalistas dinerarios que participan en el lucro de los demás<sup>9</sup>; la venta exitosa de acciones y títulos de deuda representa, de hecho, una forma especial de generación de capital que depende de la anticipación de valor. Por lo tanto, el surgimiento de las mercancías de segundo orden negociadas en los mercados financieros hace del fetiche del capital un fetiche real.

#### LA ESTRUCTURACIÓN CATEGORIAL INTERNA DEL SISTEMA DINERARIO

Dejemos el fetiche del capital y volvamos al fetiche del dinero y al estatus lógico del concepto de dinero en Marx. Cuando la crítica de la economía política determina al dinero como mercancía general exteriorizada se refiere al sistema dinerario en general. Así como la posición del rey en el absolutismo como señor de la judicatura no obligaba de ninguna manera al monarca a condenar personalmente a cada uno de los acusados, la mercancía general tampoco debe presentarse en persona y enfrentarse directamente a los bienes en las transacciones diarias de pago. De la misma manera en que el monarca tenía representantes que administraban justicia en su nombre, la mercancía dineraria también puede retirarse de las transacciones diarias y delegar esa tarea total o parcialmente<sup>10</sup>. Por lo tanto, no todo lo que asume cotidianamente la función del

---

<sup>9</sup> Ese es el argumento en la discusión marxista. El movimiento D-D' sería, por lo tanto, una mera apariencia detrás de la cual se oculta la explotación de la fuerza de trabajo y la producción de plusvalía. De esta manera, la dimensión fetichista real del fetiche del capital permanece oculta.

<sup>10</sup> Ya en los tiempos de Marx la mercancía dineraria había cedido lugar, en el movimiento dinerario diario, a una cantidad considerable de signos dinerarios y dinero crediticio privado. Marx asumió en principio que la mercancía dineraria podía

dinero es en sí mismo mercancía dineraria. Sin embargo – y esto es crucial –, todo sistema dinerario desarrollado y funcionando tiene necesariamente una *mercancía dineraria* como fundamento. En consecuencia, lo que el uso coloquial de la lengua denomina como dinero no es en absoluto idéntico a la mercancía dineraria en el sentido de la teoría de Marx. Ya en los tiempos de Marx, el dinero que circulaba consistía sobre todo en representantes del dinero, que no encarnaban en sí mismos riqueza abstracta, sino que adquirían esa capacidad sólo por su relación con la mercancía rey.

Desde el punto de vista de la crítica de la economía política se pueden distinguir dos formas fundamentales de esas formas de dinero lógicamente subordinadas: por un lado, *signos dinerarios* tales como billetes y monedas, emitidos por el guardián de la mercancía dineraria, el Banco Central, y cubiertos por la mercancía dineraria en su poder. Por otro lado, *substitutos dinerarios privados*, promesas de pago por parte de actores privados que se refieren a aquellos signos dinerarios y los reemplazan en la circulación. Marx trató de esta segunda forma derivada de dinero principalmente con las letras de cambio – el tipo de dinero crediticio más importante de entonces. La letra de cambio, así como las variantes de dinero crediticio desarrolladas posteriormente, pertenece categorialmente a las mercancías de segundo orden y representa valor anticipado. Como promesa de pago transferible y que devenga interés, la letra de cambio y sus semejantes pertenecen al universo de las mercancías, pero como todo tipo de promesa de pago privada negociable, es una mercancía *particular* – lo que la distingue de la mercancía dineraria.

El carácter de sustituto salta a la vista muy claramente en las letras de cambio, en la medida en que su emisor estaba obligado a cambiarla por “dinero real” en una fecha prefijada. En el dinero crediticio moderno, en el que las obligaciones de pago de los bancos comerciales intermedian las transacciones de pago entre los titulares de cuentas, ese carácter subordinado queda algo velado por los procesos permanentes de compensación de pagos. Pero el centro de la cuestión, la sustitución de medios de pago legal por promesas de pago de actores económicos privados, no ha cambiado. Quien, en la caja del supermercado,

---

ser substituida por completo en las transacciones de pago internas. La mercancía dineraria – en aquel momento, el oro – sólo sería insustituible, para él, en las transacciones de pago internacionales, en el caso de desequilibrios en la balanza de pagos: “El dinero simbólico o el dinero de crédito [...] pueden sustituir a los metales preciosos como medios de compra o medios de pago en la circulación interna, pero no en el mercado mundial” (MEW 13: 142 [ed. en esp.: Marx 2008a: 159]).

escoge la tarjeta de débito en lugar del pago en efectivo y liquida el importe del saldo de su cuenta corriente, transfiere al operador del supermercado una reclamación monetaria en relación al banco comercial. Este procedimiento presupone lógicamente la existencia de medios legales de pago<sup>11</sup>.

Ya en los tiempos de Marx, además de mercancía dineraria en forma de monedas de oro, los participantes en los mercados privados utilizaban como medio de pago sobre todo billetes y monedas de circulación. Estos signos de la mercancía dineraria que sirven hasta hoy como medios legales de pago, no son mercancía general ni mercancía especial, sino puro símbolo dinerario. Considerados en sí mismos, no encarnan valor ya producido ni valor anticipado, sino que remiten a la mercancía dineraria. Están cubiertos por la riqueza capitalista acumulada por la instancia emisora de los signos dinerarios. No es su escaso valor intrínseco ni una ominosa escasez, sino las reservas de mercancía dineraria amontonadas en los Bancos Centrales que otorgan validez social a los símbolos dinerarios y los convierte en representantes substitutos del valor.

#### LA TRANSFORMACIÓN DE LA MERCANCÍA DINERARIA

Todos los sistemas dinerarios capitalistas que se han desarrollado presentan la estructuración esbozada anteriormente y constan de los tres elementos fundamentales descritos: la propia mercancía dineraria, que se debe buscar principal o exclusivamente en la caja fuerte o los balances del Banco Central, los signos dinerarios emitidos por el Banco Central y el dinero crediticio privado. Un sistema dinerario que abandona esta estructura básica y renuncia a una mercancía dineraria no puede funcionar. Signos dinerarios no cubiertos por ninguna mercancía dineraria volverían a convertirse inevitablemente en lo que son, según su naturaleza material-sensorial, los billetes y monedas: pedazos de papel impresos y pequeñas placas de metal.

No obstante, a partir de esa estructuración triple, el sistema dinerario ha pasado por profundos procesos de transformación. Ante todo, su base, la mercancía dineraria, ha cambiado en el curso del desarrollo capitalista. Mientras que en los tiempos de Marx el oro y la plata compartieron ese papel (bimetalismo), hacia finales del siglo XIX el oro ya había asumido la autocracia en todos los países capitalistas importantes. En el sistema clásico de cobertura de oro, la

---

<sup>11</sup> El carácter subordinado del dinero crediticio privado se refleja jurídicamente en que todos los participantes del mercado deben aceptar los medios legales de pago para la liquidación de las reclamaciones, pero no el dinero crediticio privado.

dependencia de los signos dinerarios con relación a la mercancía dineraria y su valor se revelaba aún abiertamente, ya que su relación era establecida jurídicamente. Por un lado, la mayor parte de los Bancos Centrales estaban obligados a almacenar oro en una proporción determinada en relación a los signos dinerarios emitidos<sup>12</sup>. Por otro lado, todo poseedor de billetes tenía el derecho de cambiar a una tasa fija los signos dinerarios por metal precioso en los bancos responsables. Esto hizo de monedas como la libra inglesa, el marco alemán o el dólar estadounidense representantes regionales directos de una determinada cantidad de mercancía dineraria.

Que precisamente el oro ocupara el trono de la mercancía general no fue ninguna casualidad. Estaba predestinado a ello mientras la mercancía dineraria fuera reclutada de las filas de las mercancías de primer orden, aquellas con un valor de uso material-sensible. Debido a sus características físicas y a su alto valor por gramo, representaba la encarnación ideal del trabajo general abstracto consumado. Sin embargo, el sistema dinerario basado en el oro no fue la última palabra en el desarrollo capitalista. Ya en la primera mitad del siglo XX, debido al desarrollo de las fuerzas productivas, los costos previos de la producción de plusvalía habían crecido tan notablemente que se hizo visiblemente imposible cubrirlos tan sólo con la riqueza abstracta previamente acumulada. La anticipación de la producción de valor futuro se hizo indispensable para la continuación del proceso de acumulación capitalista. Pero esto a su vez suponía que la mercancía dineraria forme parte de ese proceso de anticipación y no represente ya "trabajo muerto" pasado sino producción de valor futuro precapitalizado.

La transformación de la mercancía dineraria fue el resultado de un largo proceso histórico de más de seis décadas que aquí sólo es posible esbozar. Comenzó en 1914 cuando, en vista de los costos esperados de la guerra, en países como Gran Bretaña y Alemania los bancos emisores tuvieron que ser dispensados de la obligación de cambiar signos dinerarios por oro. Después de la turbulencia monetaria del período de entreguerras, se llegó con el sistema de Bretton Woods a un tipo de dominio dual entre la mercancía dineraria antigua y la nueva. Mientras que Estados Unidos, con supremacía económica en relación a los demás países en la inmediata posguerra, mantuvo el vínculo del dólar estadounidense

---

<sup>12</sup> El Banco de Inglaterra, por ejemplo, estaba obligado a cubrir con oro dos tercios de los billetes en circulación. Para el tercio restante se le permitió conservar letras de cambio comerciales de primera clase, por las cuales recibía intereses.

con el oro<sup>13</sup>, los Bancos Centrales de los otros Estados capitalistas centrales utilizaron sobre todo capital ficticio denominado en dólares como mercancía dineraria.

A medida que la ventaja económica de Estados Unidos se fue derritiendo, y la marcha del desarrollo de la fuerza productiva exigió un aumento de la anticipación de valor futuro, ya no fue posible mantener ese sistema mixto. Con la supresión de la convertibilidad en oro del dólar estadounidense, en 1971, el oro se tornó definitivamente obsoleto como mercancía dineraria, y los títulos de deuda acumulados en los Bancos Centrales, en el contexto de la "creación de dinero crediticio" asumieron exclusivamente el lugar de mercancía dineraria.

#### LA NUEVA MERCANCÍA DINERARIA Y SUS PECULIARIDADES

El sistema dinerario surgido a raíz de la desmonetización del oro tiene una estructura mucho más intrincada que la del sistema de cobertura de oro observada por Marx. Para descifrar los secretos del sistema dinerario de aquella época aún era suficiente con develar esencialmente sólo el fetiche del dinero. Al contrario, el sistema dinerario contemporáneo es el resultado del *entrecruzamiento de dos formas de fetiche*, el fetiche del dinero y el fetiche del capital. La capacidad misteriosa de transformar producción de valor futuro en capital por medio de la venta de capital dinerario y de la doble utilización de su valor de uso, esbozada en la sección sobre las mercancías de segundo orden, desempeñó un papel marginal en el proceso de acumulación capitalista en los tiempos de Marx, y permaneció un epifenómeno limitado a los mercados de capital privados. En la fase actual del desarrollo del capitalismo, el sistema dinerario en su conjunto tiene por contenido la anticipación de valor; también, y precisamente, la mercancía dineraria encarna valor futuro. El dinero actual del banco central *no es cubierto por otra cosa que* por el capital ficticio acumulado en los bancos centrales en el contexto de la "creación de dinero"<sup>14</sup>.

---

<sup>13</sup> La convertibilidad de oro ya se había cancelado internamente en 1933. En aquel momento, en el contexto del *New Deal*, el gobierno de Roosevelt había prohibido la propiedad privada de oro a los ciudadanos norteamericanos. Esta prohibición cayó recién en 1971. Había perdido su función con la anulación general de la vinculación del dólar con el oro.

<sup>14</sup> Utilizo el término de "creación de dinero" en este punto sólo porque está establecido. Como se desprende claramente de lo que ya se ha dicho, ese término encubre el contexto real. Por un lado, los bancos comerciales no reciben de los

El significado que la transformación de la mercancía dineraria tiene del lado del valor de cambio queda claro: la mercancía dineraria clásica, el oro, representaba, como una mercancía de primer orden, trabajo abstracto pasado. Al contrario, su sucesora como mercancía dineraria proviene de las filas de las mercancías de segundo orden y, por lo tanto, es una forma de representación de producción de valor futuro previamente transformado en capital. Representa, entonces, la anticipación de trabajo general abstracto aún por efectuar. Pero esa transformación en el lado del valor de cambio de la mercancía dineraria es acompañada, desde luego, por transformaciones profundas también en el lado del valor de uso. Una investigación sistemática está más allá del alcance de este esbozo, por lo que nos contentaremos con una descripción resumida.

La exteriorización de la mercancía general del grupo de mercancías particulares sigue una lógica diferente dependiendo de si proviene del grupo de mercancías de primer o de segundo orden. Ya estamos familiarizados con las condiciones del metal precioso. Las mercancías de primer orden tienen valores de uso materiales-sensibles muy diferenciados. El valor de uso de una de esas mercancías particulares, como ya fue expuesto por Marx, se convierte en la materialización de su contrario, en la encarnación del valor de cambio por antonomasia. La exteriorización de la mercancía dineraria de las filas de las mercancías de segundo orden debe seguir, por este motivo, otro patrón, pues todas las mercancías de esta sección del mundo de las mercancías están dotadas del mismo valor de uso suprasensible: el valor de uso de representar valor autovalorizado. No se extiende aquí, entre las diferentes mercancías, la línea divisoria entre el populacho de mercancías y la reina de las mercancías; más bien, si una mercancía de segundo orden permanece una mercancía particular de su clase, o si se eleva a mercancía general, depende de *en posesión de quién* se encuentre. Si un banco comercial concede créditos, las promesas de pago de los prestamistas tienen el carácter de capital ficticio privado. Si, por otra parte, el Banco Central concede un crédito a un banco comercial, las promesas de reembolso del banco comercial se convierten en elementos de la mercancía general. Un título de deuda de Estados Unidos en manos de un inversor privado, por ejemplo un banco

---

Bancos Centrales simple dinero, sino desde el principio dinero convertido en *capital* dinerario, ya que toman prestado el dinero contra el interés correspondiente; por otro lado, la noción de “creación” sugiere que el dinero en cuenta sería el resultado de una colocación unilateral por medio de un demiurgo de la nada. En verdad, todo dinero bancario surge de una relación de interacción. El Banco Central sólo puede “crear” dinero al entrar en una relación de crédito con bancos comerciales, y los bancos comerciales, al encontrar prestatarios adecuados.

comercial, es una mercancía particular. Pero si el Banco Central Europeo acepta el mismo título estatal como garantía por parte de un banco privado para darle un crédito, su estatus se modifica. El depósito del título estatal en la institución que emite los medios legales de pago lo coloca en el lugar de mercancía rey. El bono estadounidense vuelve evidentemente a perder esa posición con la expiración del crédito y su re-transferencia al banco comercial.

Una diferencia fundamental entre la mercancía dineraria clásica y su sucesora es obvia. Ya en los tiempos de Marx, como se ha mencionado, el oro estaba retirándose de las transacciones diarias. Sin embargo, es una característica fundamental de todo sistema dinerario en el cual un bien sirve como mercancía dineraria, que no sólo los Bancos Centrales sino en principio también los actores privados puedan actuar como propietarios de la mercancía dineraria. Quien poseía oro o monedas de oro no sólo disponía de meros signos dinerarios, sino directamente de mercancía dineraria. En cambio, en el sistema dinerario actual la mercancía dineraria no puede llegar nunca, por definición, a las manos de actores privados. Como capital ficticio que surge en la emisión de préstamos a bancos comerciales por parte del Banco Central, la nueva mercancía dineraria existe solamente en el lado de los activos del balance del Banco Central. La noción de Marx de la mercancía general como mercancía exteriorizada adquiere, por lo tanto, un nuevo significado.

El hecho de que los títulos de propiedad solo puedan ejercer la función de mercancía dineraria siempre y cuando estén en manos de los Bancos Centrales excluye, evidentemente, una convertibilidad directa de los medios legales de pago con la *nueva mercancía dineraria*, tal como sucedía en el sistema clásico de cobertura de oro. Desde luego, esto no significa que, en el régimen dinerario contemporáneo, el “valor” de los signos dinerarios circulantes se haya emancipado de la riqueza abstracta acumulada en los Bancos Centrales. Su validez continúa derivándose, aunque indirectamente, de la mercancía dineraria.

Una mercancía dineraria que debe su estatus a la posición privilegiada de su propietario tiene, en contraste con la mercancía dineraria clásica, *necesariamente un carácter sintético*. Compuesto de reclamaciones monetarias de los bancos emisores, está sujeto, como una cesta de monedas, a un proceso de recombinación permanente. Los créditos del Banco Central expiran constantemente y nuevos créditos son concedidos; constantemente tiene lugar un intercambio de mercancías de segundo orden entre los bancos comerciales y los Bancos Centrales. Y también el volumen total de la mercancía dineraria está sujeta a fluctuaciones importantes –no en última instancia de acuerdo con la

política monetaria seguida por el Banco Central. En ese sentido, el contraste con la antigua mercancía dineraria no podría ser más agudo. Bajo el régimen del oro, el sistema dinerario tenía una base bastante rígida. Si, en aras de la simplicidad, no tenemos en cuenta los usos no monetarios del metal precioso, la masa de mercancía dineraria era idéntica al volumen total de ese metal arrancado de la tierra. En el marco del sistema clásico de cobertura de oro, la necesidad creciente de mercancía dineraria adicional, resultado de la expansión del sistema de riqueza abstracta, sólo podía atenderse de una manera: por medio de la extracción adicional de oro.

Con el cambio de la mercancía dineraria, surgieron nuevas posibilidades de acumulación para el sistema de fin en sí de la multiplicación de la riqueza abstracta. Bajo el sistema de cobertura de oro, una parte de la riqueza producida era retirada del proceso de acumulación y dejada inactiva, para que el dinero pudiera cumplir su tarea de mercancía absoluta. La transición a una nueva mercancía dineraria significó no sólo la eliminación de esos *faux frais* del funcionamiento general capitalista, pues la producción de mercancía dineraria, como parte integral del sistema de anticipación de valor, puede incluso hacer su propia contribución a la acumulación de capital. Esta ventaja enorme, desde luego, tiene su precio. En primer lugar, con esa transformación, la mercancía dineraria reduce su campo de validez. El oro ocupaba la posición de mercancía general no sólo en el interior de determinadas áreas monetarias, sino que, en forma de barras, funcionaba también inmediatamente como dinero mundial. Al contrario, el área de dominio de su sucesora se restringe a su respectiva zona monetaria. Esto inevitablemente tiene efectos en las relaciones de intercambio entre los distintos signos dinerarios regionales. Mientras que en el sistema de cobertura de oro, la conexión de todas las monedas con el metal precioso producía automáticamente un tipo de cambio fijo entre los medio de pago legales de los diferentes países, la abdicación definitiva del oro significó la transición a tipos de cambio inestables.

La transformación de la mercancía dineraria presenta otra deficiencia. La antigua mercancía dineraria conservaría sin problemas su capacidad de encarnar riqueza abstracta hasta el fin de los días capitalistas – a menos que el antiguo sueño de los alquimistas de transformar material sin valor en oro se hiciera realidad. Por el contrario, eso no puede afirmarse de la nueva mercancía dineraria. Así como en el caso del capital ficticio privado, en el capital ficticio que se encuentra en poder de los Bancos Centrales no hay ninguna garantía de una realización completa del valor anticipado. Incesantemente el dinero emitido por el Banco Central pierde una parte de su cobertura – con consecuencias correspondientes a largo plazo



para su “valor dinerario”. La pérdida estructural de validez puede verse claramente en el desarrollo de las tasas de inflación.

En el marco del sistema de cobertura de oro había fluctuaciones, en el curso de los ciclos coyunturales, de las proporciones de intercambio entre las mercancías particulares, por un lado, y la mercancía general y sus representantes de papel, por el otro; pero no existía ninguna tendencia general de desvalorización dineraria que fuese más allá de esos ciclos. Con el fin de la autocracia del oro, eso cambió radicalmente. No es casual que la noción de “inflación secular” haya sido incorporada por los historiadores económicos. A más tardar desde el fin de la segunda guerra mundial, el poder adquisitivo de los signos dinerarios se ha ido desmoronando paralelamente al proceso de acumulación capitalista. Este proceso de erosión, a veces más y a veces menos pronunciado, es ya desde hace mucho tiempo una parte integral del funcionamiento normal capitalista. Tanto es así que los economistas encienden la alarma ante una caída de la tasa de inflación a menos del 2 por ciento, pues lo consideran una señal de crisis.

Es parte de la naturaleza de una sociedad que se disuelve en productores privados separados, que la competencia produzca ganadores y perdedores. En ningún momento todos los capitales llevan a cabo exitosamente el movimiento del fin en sí de la valorización del valor. En cada período una mercancía u otra, un capital individual u otro, sucumben a la desvalorización y quedan fuera del camino. Desde luego, si la desvalorización de mercancías y capital se transforma en un fenómeno masivo y la valorización exitosa pasa de regla a excepción, la cuestión se vuelve crítica desde el punto de vista capitalista. El sistema de riqueza abstracto entra en crisis. La transformación de la mercancía dineraria también tiene consecuencias de largo alcance para el curso y el contenido de esas crisis. Mientras el oro mantenía la posición de mercancía dineraria, los procesos de desvalorización se concentraban en las crisis de las mercancías particulares. Lo que se desvalorizaba era el capital funcionante y ficticio privado, nunca la mercancía general. Puesto que, con la transformación de la mercancía dineraria, su propia producción se convierte en un momento del proceso de acumulación capitalista, esto significa también que, en las grandes crisis, el proceso de desvalorización puede extenderse en principio también a la mercancía dineraria y, por lo tanto, al medio dinerario en su conjunto – un desarrollo imposible en el terreno del oro como mercancía dineraria. Marx explicó el curso de las crisis de desvalorización en el contexto del sistema de cobertura del oro. En las crisis sucede, en primer lugar, una desvalorización de las mercancías particulares de las cuales se compone el capital funcionante. Esto se refiere principalmente a los productos que el capital funcionante ya no puede vender o puede vender sólo

por debajo de su valor, y también a las máquinas y materias primas usadas en la producción. Por otro lado, el reemplazo de la mercancía dineraria por substitutos dinerarios privados se convierte en un problema: “En tiempos de estrechez, cuando el crédito se contrae o cesa del todo, el dinero se contrapone súbitamente a las mercancías como único medio de pago y verdadera existencia del valor. De ahí la desvalorización general de las mercancías, la dificultad —más aún, la imposibilidad— de convertirlas en dinero, vale decir en su propia forma puramente fantástica. Pero, en segundo lugar, el propio dinero crediticio solo es dinero en la medida en que represente absolutamente al dinero real en el importe de su valor nominal. Con el drenaje de oro, su convertibilidad en dinero —es decir, su identidad con el oro verdadero— se torna problemática” (MEW 25: 532 [ed. en esp.: Marx 2009: 665]).

Cuando Marx habla de crisis dineraria, siempre lo hace en ese significado estrecho de falta aguda de capacidad de pago socialmente válida. Dado que la mercancía dineraria ya no puede ser substituida en escala suficiente por promesas de pago de actores privados, se llega a una contracción de la base monetaria que hace desmoronar los precios de las mercancías y detiene la producción de bienes. En consecuencia, Marx resume de la siguiente manera lo que constituye el centro del mecanismo de las crisis: “Una desvalorización del dinero crediticio (para ni hablar siquiera de una desdinerarización del mismo, solamente imaginaria, por lo demás) trastornaría todas las condiciones imperantes. Por ello se sacrifica el valor de las mercancías para asegurar la existencia fantástica y autónoma de este valor en el dinero. En general, como valor dinerario solo se halla garantizado mientras lo esté el propio dinero. Por ello, es menester sacrificar muchos millones en mercancías a cambio de unos pocos millones en dinero. Esto es inevitable en la producción capitalista y constituye una de sus bellezas” (MEW 25: 532 [ed. en esp.: Marx, 2009: 665-6]).

La afirmación apodíctica según la cual, en las crisis, el sacrificio de las mercancías particulares en el altar de la mercancía general sería parte de las “bellezas” inevitables de la “producción capitalista” debe, no obstante, ser relativizada. Este mecanismo irrumpe en las crisis siempre que se mantenga inalterada la cobertura en oro del orden dinerario. La transformación de la mercancía dineraria les proporciona a los Bancos Centrales un instrumental con el que puede defenderse eficazmente la “convertibilidad” del dinero crediticio privado. Al bajar las tasas de interés y aumentar su propia “creación de dinero”, pueden prevenir inminentes crisis de crédito y contrarrestar de ese modo la desvalorización de las mercancías particulares. Sin embargo – y este es el lado negativo – el “dinero real” (Marx) pierde también la posición de *sol invictus* eclipsador del paisaje de

crisis. Por medio de una política dineraria flexible y de la creciente “creación” de dinero por parte del Banco Central, una crisis fundamental en el sistema de valorización de la riqueza abstracta es encubierta provisoriamente, pero no eliminada. Estas medidas simplemente desplazan la necesidad de desvalorización hacia el futuro, al transferirla al medio dinerario como tal.

La última crisis global que siguió un patrón de mera crisis deflacionista, tal como éste es descrito por Marx, fue la crisis económica de la década de 1930. En los años inmediatamente posteriores a la desmonetarización definitiva del oro, las distorsiones económicas ya siguieron un nuevo guión. La década de 1970 entró en la historia económica como una fase de “estanflación”, una combinación de crecimiento reducido y tasas de inflación relativamente altas. Es previsible que este patrón se deba reproducir en un grado mucho más elevado en el curso posterior de la crisis fundamental en la que se encuentra el modo de producción capitalista. Cuando, en 2008, la peor espiral de desvalorización de todos los tiempos amenazó al capital ficticio privado, y con ello al colapso total de la economía mundial, los Bancos Centrales intervinieron y, con una política de dinero extremadamente barato, pusieron nuevamente al sistema de precapitalización de producción de valor futuro en el curso del crecimiento. Esto sólo podía ser realizado por las autoridades monetarias, acumulando de su parte cada vez más capital ficticio fundamentalmente desvalorizable, por lo tanto, por medio de un deterioro progresivo de la calidad de la composición de la mercancía dineraria. Si, a raíz de las crisis recientes, precisamente los activos de los Bancos Centrales se revelan como chatarra financiera y pasan por procesos de desvalorización manifiestos, esto debe reflejarse en el poder adquisitivo derivado de los símbolos dinerarios. La crisis de 2008 y su superación son sólo el preludeo de nuevas crisis en las que se entrelazan la desvalorización de las mercancías particulares de primer y segundo orden, por un lado, con la desvalorización de la mercancía general, por el otro. El punto de fuga lógico de los procesos de crisis en el siglo XXI es una sociedad mundial disuelta en productores privados separados que ha conseguido destruir lo que es indispensable para ella misma: un sistema dinerario funcional.

#### DETERMINACIÓN FUNCIONAL DEL DINERO E INVISIBILIDAD DE LA MERCANCÍA DINERARIA

El curso que los Bancos Centrales tomaron desde 2008 ha despertado preocupaciones sobre la inflación incluso para muchos economistas. Sin embargo, los requisitos teóricos de la ciencia económica no permiten situar el

problema fundamental allí donde se asienta. Esto tiene una razón simple: la inminente desvalorización de la mercancía dineraria es difícil de investigar sin constatar la propia existencia de una mercancía dineraria. Pero la ciencia económica asume con la mayor naturalidad que ésta ya no existe. ¿Cómo llegan las ciencias económicas a esa idea falsa y por qué son inmunes a cualquier incertidumbre?

La causa principal debe buscarse sin duda en el error fundamental de la teoría económica ya expuesto al inicio. Las ciencias económicas actuales, al igual que anteriormente la clásica, mistifican el contenido de la riqueza capitalista. No tienen ningún concepto de riqueza abstracta y confunden la riqueza de mercancías con la riqueza de valores de uso materiales-sensibles. Al seguir la huella de Adam Smith y reconocer riqueza mercantil sólo allí donde valores de uso materiales-sensibles se presentan como portadores de valor de cambio, una mercancía dineraria surgida de las filas de las mercancías de segundo orden es lógicamente invisible. Los diversos títulos de propiedad acumulados por los Bancos Centrales en el marco de su creación de dinero no tienen, en contraposición con la mercancía dineraria oro clásica, ningún valor de uso material-sensible, sino sólo el valor de uso suprasensible de representar la producción de valor futuro. Debido a que el pensamiento dominante presupone sus propios puntos ciegos como verdades ineludibles, la transformación de la mercancía dineraria se les presenta como su propia desaparición. Sin embargo, la falta de un concepto de riqueza abstracta y la equiparación de riqueza mercantil y riqueza en valores de uso materiales-sensibles, no son las únicas razones por las cuales el pensamiento dominante confunde el proceso de desmonetarización del oro, que tuvo su fin en 1971, con la decomodificación del dinero. La teoría económica tiene un segundo manto mágico muy efectivo que invisibiliza para ella la nueva mercancía dineraria. Hace ya décadas la ideología de la ciencia económica ha interrumpido, sin resolverla, la discusión sobre la esencia del dinero, y se contenta con definirlo por sus funciones para los sujetos económicos individuales. El economista británico John Hicks (1967: 1) llevó esa comprensión del dinero a su fórmula clásica: "Money is defined by its functions: anything is money which is used as money: *money is what money does*".

A primera vista, esa quintaesencia de un concepto funcionalista del dinero presenta una tautología sin sentido vacía de contenido. Sin embargo, en el contexto de nuestro análisis, esa afirmación contiene implícitamente dos enunciados teóricos de largo alcance: al considerar que todo lo que ejerce la función del dinero es también dinero, se extingue la necesaria distinción conceptual entre los billetes de banco y el dinero crediticio creado privadamente,

es decir, capital ficticio privado. Aún más, al determinarse *exclusivamente* como dinero aquello que ejerce inmediatamente la función de dinero, y que por lo tanto sirve a los sujetos económicos privados en las transacciones diarias como medio de pago, entonces la mercancía dineraria actual está completamente excluida del concepto de dinero. Como ya se ha indicado en la sección anterior, ésta existe únicamente en los balances de los Bancos Centrales. Es parte de sus peculiaridades precisamente que, diferente de la mercancía dineraria oro clásica, ella nunca pueda encontrarse con los actores económicos privados. Así, la visión funcionalista comúnmente aceptada del dinero llega a una imagen del sistema dinerario actual que invierte la jerarquía real entre la propia mercancía dineraria y la forma derivada del dinero: sólo las formas derivadas del dinero deben representar dinero real y, de esa manera, el fundamento del sistema dinerario es eliminado teóricamente.

Aunque en el concepto dominante de dinero la distinción categorial entre los signos dinerarios y el capital ficticio privado que sirve como medio de pago es eliminada categorialmente, ella se escabulle nuevamente en el edificio doctrinal, por la puerta trasera de las definiciones del agregado monetario, aunque de un modo meramente empírico y no conceptual. La ciencia económica opera con definiciones “más estrechas” y “más extensas” del agregado monetario que se distinguen en términos de cuáles patrimonios “próximos al dinero” cuentan como tal y cuáles no.

Además del efectivo, la masa monetaria M1 incluye solamente los depósitos de dinero a la vista, o sea, en cuentas corrientes. M2 contabiliza cajas de ahorro con plazo legal de preaviso y depósitos con un plazo de hasta dos años. La masa monetaria M3 incluye, entre otros, fondos de inversión mobiliaria, documentos del mercado dinerario, así como bonos bancarios con un vencimiento de hasta dos años. En términos más claros, cuanto “más extensa” es una definición de masa monetaria, más formas de capital privado ficticio se convierten en dinero. La doctrina económica dominante ha sido muy consecuente en la anulación teórica de la mercancía dineraria. Además de las masas monetarias habituales de M1 a M3, ella también reconoce la base monetaria M0. Detrás de ella no se esconde, sin embargo, la mercancía dineraria. En cambio, el punto de referencia fundamental del sistema dinerario es determinado como sigue: “La base monetaria incluye las reservas en dinero actuales del Banco Central, que constituyen la base para la creación de las entidades de crédito. La base monetaria es la suma de la circulación fiduciaria (incluidas las reservas en caja de las entidades de crédito) más los depósitos a la vista de las entidades de crédito en el Banco Central (depósitos del Banco Central)” (*Wirtschaftlexicon*, 2015).

Al considerarse el contexto real, dos procesos están inextricablemente vinculados en la creación de “dinero del Banco Central”: a) el banco emisor concede créditos a los bancos comerciales que en parte se los entrega en efectivo, o sea, en forma de signos dinerarios y en parte se los abona en las cuentas corrientes que los bancos comerciales mantienen en el Banco Central; b) a cambio de esta transferencia de capital dinerario, los Bancos Centrales acumulan cartas de crédito en relación a los bancos comerciales, es decir reclamaciones de pago sobre la suma concedida y los intereses correspondientes. En las definiciones del volumen monetario sólo se refleja el primer aspecto. Para permanecer en M0, la “base monetaria” comprende el dinero en efectivo en circulación a través de la concesión de créditos a los bancos comerciales y la parte del capital dinerario que los Bancos Centrales han transferido a las cuentas corrientes de los bancos comerciales que aún no ha entrado en el sistema de formación de la cadena de crédito privado. En la determinación del volumen monetario, el movimiento contrario correspondiente, la acumulación de mercancías de segundo orden en el banco emisor, es echado por la borda.

Naturalmente, los economistas saben muy bien que los balances tienen dos lados y que los Bancos Centrales no deben contabilizar solamente los pasivos en relación a los bancos comerciales, sino también las cuentas por cobrar. Sin embargo, debido a la determinación funcionalista del dinero, estos activos no tienen ninguna importancia en términos de teoría dineraria. Esa supresión de la mercancía dineraria se refleja además, por cierto, en la *extraña conceptualización de la “creación de dinero”*. Los Bancos Centrales ponen en circulación el llamado dinero del Banco Central casi exclusivamente por medio de la concesión de créditos a los bancos comerciales. Incluso la entrada del efectivo en el ciclo económico se realiza de esa manera. Es evidente que en la concertación de una relación de crédito siempre hay dos lados, prestatarios y prestamistas. Sin embargo, el concepto de creación de dinero<sup>15</sup> sugiere un acto unilateral que tiene al Banco Central como demiurgo. La determinación funcionalista del dinero reconoce solamente el capital dinerario que los bancos comerciales reciben de los Bancos Centrales, pero no el otro lado de la misma moneda, la acumulación de reclamaciones monetarias por parte de los Bancos Centrales, lo que se refleja en una conceptualización que conduce al error.

---

<sup>15</sup> La noción de creación de dinero es también engañosa en otro aspecto: en la emisión de dinero por parte del Banco Central, no se origina simple dinero, sino dinero en la forma de capital dinerario.

Al confundir la riqueza capitalista con la riqueza de bienes y al presuponer como obligatoria su comprensión funcionalista del dinero, para la teoría económica el proceso de “desmaterialización” del dinero aparece como una demostración irrefutable de que el concepto nominalista del dinero es correcto. Sin embargo, paga por su inmunización contra la idea de una mercancía dineraria, pues de esa manera bloquea de entrada la posibilidad de un análisis sólido del sistema monetario actual.

#### LA IDEOLOGÍA DEL DINERO COMO MERO MEDIO DE CIRCULACIÓN DE MERCANCÍAS EN LA CRISIS

Desde los días de Adam Smith, los economistas han vendido al modo de producción capitalista como una forma particularmente racional de suministro de bienes de uso y al dinero como un mero mediador entre las mercancías. Esta visión engañosa debe su pseudo-plausibilidad especialmente a dos condiciones características del ciclo del capital funcionante. En ese caso, por un lado, el incremento del valor tiene lugar fuera de la circulación. Al considerarse los actos de intercambio individuales abstrayendo el proceso capitalista global, parece más obvio interpretar el doble movimiento de compra y venta como un intercambio mediado entre mercancías, en lugar de reconocerlo como un momento integral del movimiento del fin en sí de la acumulación de valor. Esta interpretación convence tanto más porque existe en el capitalismo una amplia gama de participantes del mercado para quienes el dinero realmente tiene sólo el significado de un medio para transferir mercancías. De hecho, los vendedores de fuerza de trabajo la venden sólo para poder comprar las mercancías necesarias para la satisfacción de sus necesidades vitales. Sin embargo, la venta exitosa de la fuerza de trabajo tiene un prerrequisito social. Sus vendedores sólo obtienen el dinero si encuentran un comprador para el cual la aplicación de la fuerza de trabajo se integra en un proceso de transformación de dinero en más dinero. Este pequeño detalle no es tenido en cuenta por el concepto corriente de dinero. Al comprender el dinero como mero medio de transferencia de mercancías, éste interpreta al movimiento M–D–M como siendo el contenido de la economía capitalista y oculta que éste sólo consiste en la finalidad en sí de D–M–D'. El dinero funciona como medio de circulación general, pero sólo cuando está integrado, al mismo tiempo, en el ciclo de la valorización del capital.

Los encubrimientos ideológicos que aquí fueron esbozados explican por qué los supuestos básicos falsos de la teoría económica han sobrevivido por tanto tiempo y han venido confundiendo desde los días de Adam Smith. Sin embargo, el

sistema capitalista ha pasado por una transformación en las últimas décadas que socava la plausibilidad del concepto dominante de dinero desde un ángulo completamente diferente. La característica principal del desarrollo capitalista de las últimas décadas consiste, como se sabe, en una inflación explosiva sin precedentes de la superestructura financiera. Desde la década de 1980, la multiplicación de capital ha tenido lugar principalmente en la forma de multiplicación de capital ficticio y se ha ido distanciando cada vez más de la llamada economía real, es decir, de la producción de bienes. La acumulación de capital funcionante se ha convertido en un apéndice de la acumulación de capital ficticio. Frente a este trasfondo histórico, el concepto obsoleto de dinero se vuelve anacrónico también empíricamente. ¿Qué afirmar de un concepto que determina el dinero obstinadamente a partir de sus funciones en relación a los bienes, cuando la mayor parte del dinero está en los mercados financieros y éste intermedia la relación entre acciones, títulos de deuda y derivados? Pero eso no es todo. En las últimas décadas, además, el paradigma del modo de producción capitalista como un modo de producción racional ha sido especialmente cada vez más cuestionado. Ni la senda cada vez más amplia de devastación ecológica y social a la cual conduce la economía capitalista ni las crisis siempre nuevas que convulsionan al sistema capitalista mundial desde el comienzo del siglo se ajustan adecuadamente a ese mito primordial del liberalismo y de las sociedades occidentales.

Este desarrollo afectó al panorama del debate. La pregunta de qué es realmente el dinero, archivada durante varias décadas por la ciencia económica, se ha puesto de moda, por lo menos por fuera del *mainstream*. En los últimos años han aparecido numerosas publicaciones sobre el tema del dinero de filósofos, etnólogos y disidentes de la ciencia económica que toman distancia del concepto establecido especialmente en dos aspectos: por un lado, es blanco de críticas la derivación clásica del dinero a partir del intercambio. El nuevo debate del dinero reacciona ante la importancia totalmente extraordinaria del crédito en el sistema dinerario de nuestros días, al alejarse del antiguo paradigma del intercambio y poner el foco en el fenómeno de la deuda. Por otro lado, frente a las cabriolas en el mercado financiero, avanzan posiciones que ven en el dinero, supuesto medio meramente técnico, un poder con rasgos irracionales e incluso sagrados.

#### MARX Y LOS PUNTOS CIEGOS DEL NUEVO DEBATE SOBRE EL DINERO

Al escudriñar la historia de la teoría en busca de conceptos del dinero moderno como algo genuinamente irracional y metafísico no se encuentra precisamente



una oferta excesiva. La posición de lejos más elaborada que representa este punto de vista es sin duda la de Marx, quien insiste en que la irracionalidad básica del modo de producción capitalista culmina y se vuelve palpable en el sistema dinerario. Por lo tanto, cabría esperar que el nuevo debate sobre el dinero examinara, en su búsqueda de potenciales puntos de referencia teóricos, el concepto de dinero de la crítica de la economía política y su poder explicativo. Más aún cuando ya pasó el tiempo en que Marx era considerado un perro muerto y hoy su nombre vuelve a circular vivazmente, por lo menos como marca discursiva. Sin embargo, la teoría de Marx del dinero como mercancía general exteriorizada no tiene ningún papel en el nuevo debate.

El concepto de dinero de Marx, como ya fue explicado, fue confundido desde siempre con el metalismo y tratado como una variante de la teoría del dinero clásica basada en el paradigma del intercambio. La aceptación ciega de esta clasificación falsa es seguramente una razón por la cual el interés recién despertado por la cuestión del dinero vaya acompañado por un profundo desinterés por el enfoque de Marx. Pero, más importante: el nuevo debate del dinero ataca algunos teoremas del *mainstream* de la ciencia económica sin criticar sus axiomas básicos falsos. La noción del dinero como un medio de transferencia de bienes supuestamente neutral es tirada a la basura; sin embargo, el paradigma del dinero como una entidad ajena y exterior al sistema de producción de riqueza social mercantil se mantiene alegremente. Así, el nuevo debate del dinero tiene sus puntos ciegos exactamente allí donde estaba el foco del concepto de dinero de Marx. Eso explica su debilidad teórica.

En este contexto se sitúa también una característica específica del nuevo debate del dinero: su tendencia a querer explicar diacrónicamente la irracionalidad del sistema monetario contemporáneo, o sea, derivarla de la prehistoria del dinero. La teoría del dinero de Marx presupone la transformación de toda la producción de riqueza en producción de mercancías y la disolución de la sociedad en productores privados aislados. Por lo tanto, se refiere exclusivamente al modo de producción capitalista, en el cual la mercancía se ha convertido en la forma universal de riqueza. De esa manera, Marx argumenta de una forma puramente lógica en el sentido de querer descifrar la lógica interna *de esta* formación social en la cual el dinero ocupa una posición clave y tiene un carácter histórico específico que *no* puede ser deducido de una historia universal del dinero que abarque los diversos modos de producción. El intento de esto último lleva a tratar al dinero básicamente como una entidad exterior a la sociedad capitalista, que en sí habría permanecido siempre igual y sólo habría sufrido cambios exteriores. Resulta obvio, entonces, derivar la irracionalidad del sistema

dinerario actual de una esencia fundamentalmente inalterable del dinero – una tendencia muy acentuada en el nuevo debate del dinero. Incluso cuando el motivo original para aproximarse al tema del dinero era sin duda la locura del sistema dinerario contemporáneo, autores como David Graeber (2012), Christina von Braun (2012) o Christoph Türcke (2015) dan en sus libros un salto atrás de miles de años. Todos ellos practican una especie de etimología del lenguaje monetario y esperan de esa manera explicar los abismos del sistema financiero presente.

El mito del dinero como medio eterno de transferencia de mercancías puede ser desmontado, indudablemente, sin necesidad de más preámbulos con tales esfuerzos arqueológicos. Graeber, por ejemplo, etnólogo e intelectual del movimiento *Occupy*, presentó una profunda crítica a la leyenda del origen del dinero de Adam Smith y obtuvo por eso algunos méritos en la crítica ideológica. Sobre la base de un extenso material etnológico, Graeber desenmascaró en su libro *Deuda: una historia alternativa de la economía* el origen del dinero a partir del intercambio como lo que es: un mero constructo ideológico. Como el título de la edición original del *bestseller* ya revelaba (*Debt: the First 5,000 Years*), el autor substituye la ontología del intercambio de Smith por una no menos engañosa ontología de la deuda. Las relaciones de crédito del presente, que representan la forma más importante de comercio con la mercancía capital dinerario, aparecen para él como la continuación por otros medios de relaciones de obligaciones personales sagradas. Pero esto no representa un avance en el conocimiento en relación a los clásicos y a la ciencia económica, sino simplemente una inversión de la dirección de la proyección. Mientras que el punto de vista de la ontología del intercambio proyecta en la prehistoria la disolución de la sociedad en productores privados separados, característica propia del modo de producción capitalista moderno, Graeber interpreta el sistema de crédito moderno a través de la lente de relaciones de obligación personales premodernas. Sin embargo, las relaciones de crédito modernas deben ser comprendidas como una variante específica de relaciones mercantiles cosificadas. Su fundamento es la transformación del capital dinerario en una mercancía que a su vez presupone la relación capital, la transformación de la producción de riqueza material en producción de mercancías.

Adam Smith construyó una fantasía liberal mercantil de las sociedades tradicionales, Graeber se pone a fabular en la descripción del sistema financiero contemporáneo y proyecta en él formas personales de dominación. El hecho de coincidir con la ideología del sentido común de personificar estructuras sociales lo vuelve muy popular. Analíticamente, sin embargo, es un camino equivocado.

No es sólo la interpretación de Graeber que se debilita analíticamente en la medida en que se acerca al presente. Esta debilidad caracteriza en mayor o menor medida a toda la literatura reciente de crítica del dinero y surge de su premisa epistemológica. Al pensar que en el sistema financiero moderno simplemente se reproduce el núcleo del “sacrificio religioso” (Türcke 2012) de formas anteriores de dinero o su “cobertura por cuerpos humanos” (Braun 2012), se asume, más allá de las demás diferencias argumentativas, que la esencia del dinero se ha mantenido siempre igual desde tiempos inmemoriales.

Esta falla fundamental del debate reciente sobre el dinero, compartida con la ciencia económica tradicional, puede ser superada solamente colocando en el centro de la crítica la lógica histórica específica del modo de producción capitalista, o sea, no pensando diacrónica sino sincrónicamente. La importancia y el modo de funcionamiento del sistema dinerario actual sólo pueden revelarse a través de un análisis sistemático de la forma de socialización disparatada por la cual el dinero moderno fue engendrado. El lado del valor de cambio de las mercancías particulares gana en el dinero una forma separada de su valor de uso específico y se enfrenta al universo de las mercancías como un poder autonomizado. El pensamiento dominante es absorbido por esa apariencia fetichista y trata al dinero como si de hecho fuese una entidad exterior al sistema de producción de mercancías y no una forma de existencia exteriorizada de las contradicciones internas del mundo de las mercancías. Una variante de ese padrón de interpretación es la idea clásica y neoclásica del “velo del dinero” según la cual el dinero sería un mero medio técnico del cual debemos prescindir para llegar a una visión de los procesos económicos realmente esenciales. Los representantes del nuevo debate sobre el dinero se despegan deliberadamente del “olvido del dinero por los clásicos y los neoclásicos” (Pahl. 2008: 9). Por lo general, ellos contrarrestan la supuesta “neutralidad” del dinero con la idea de que habría algo como una lógica interna del medio dinerario. Esta orientación, desde luego, es problemática. Cualquiera que la siga corre el riesgo de dejarse llevar por una variante de la antigua idea de los dos mundos. Desde siempre el desarrollo del modo de producción capitalista es acompañado por un “anticapitalismo” regresivo que ataca al correspondiente orden dinerario y financiero como si fuera un poder de ocupación ajeno a la sociedad mercantil y lo responsabiliza por los males de la forma de socialización capitalista. Proverbios como “el dinero gobierna al mundo” o “el dinero corrompe el carácter” indican en qué medida el entendimiento cotidiano está condicionado a acusar solamente a su representación cosificada por aquello que les provoca malestar o les parece amenazante en la sociedad mercantil. Particularmente en

tiempos de crisis se imponen ideologías regresivas que desvinculan la conexión interna entre la mercancía general y las mercancías particulares y, a partir de ahí, realizan una pseudo-explicación de los desastrosos desarrollos capitalistas (Postone 1979; Lohoff 1998). Precisamente en nuestro tiempo esta mistificación del síntoma monetario de la crisis como su supuesta causa está nuevamente de moda<sup>16</sup>. Desde la década de 1970 el sistema de acumulación de valor basado en la utilización real de trabajo alcanzó su barrera histórica. Desde entonces, la permanente multiplicación de capital ficticio se convirtió en el motor de la economía mundial y mantiene al proceso de acumulación en marcha (Lohoff 2016). Desde que la burbuja inmobiliaria estadounidense estalló en 2008, y este tipo de multiplicación de la riqueza capitalista sufrió un duro revés, desde el campo político se culpa a la inflación “insana” de los mercados financieros por el malestar económico mundial.

Ante ese trasfondo histórico, el interés recientemente despertado por el dinero tiene un doble sentido. Por un lado, el nuevo debate sobre el dinero podría marcar la entrada tardía en un análisis y crítica profunda del capitalismo. Para ello, frente a la importancia enorme de la acumulación de la industria financiera para el proceso capitalista global actual, es indispensable dilucidar el misterioso mundo monetario. Por otro lado, mientras la estructura fundamental de la forma dominante de socialización, la disolución de la sociedad en productores privados separados, desaparezca atrás de su forma de representación cosificada, el dinero, el alcance analítico del nuevo debate sobre el dinero seguirá siendo reducido; podría incluso proporcionar el material para formas de reacción a la crisis ideológicamente regresivas.

---

<sup>16</sup> Ya en ocasión de la primera crisis industrial global, en 1857, Marx ridiculizó el mismo fenómeno: “Cuando la especulación ocurre en el fin de un determinado período comercial como la precursora inmediata del colapso, no se debe olvidar que la propia especulación fue generada en las fases precedentes del período y, por eso, ella misma es un resultado y una manifestación, y no representa la causa última y la esencia. Los economistas políticos que pretenden explicar las contracciones regulares de la industria y el comercio por la especulación se asemejan a una escuela ya extinta de filósofos de la naturaleza que consideraba a la fiebre la verdadera causa de todas las enfermedades” (MEW 12: 336).

BIBLIOGRAFÍA

VON BRAUN, Ch. (2012): *Der Preis des Geldes*, Berlin: Aufbau Verlag.

*Dtv Lexikon* München, F.A. Brockhaus GmbH, 1992 (diccionario de alemán).

GRAEBER, D. (2012): *Schulden: die ersten 5000 Jahre*, Stuttgart, Klett-Cotta Verlag. (*Deuda: una historia alternativa de la economía*. Barcelona, Planeta.)

HICKS, J. (1967): *Critical Essays in Monetary Theory*, Oxford (Reino Unido), Clarendon Press.

LOHOFF, E. (1998): "Geldkritik und Antisemitismus", *Wien, in Weg und Ziel*, 2. <http://www.krisis.org/1998/geldkritik-und-antisemitismus/> (consultado el 3/11/2017).

LOHOFF, E. y TRENKLE, N. (2012): *Die große Entwertung, Warum Spekulation und Staatsverschuldung nicht die Ursache der Krise sind*. Münster: Un-Rast Verlag.

LOHOFF, E. (2014): "Kapitalakkumulation ohne Wertakkumulation" in <http://www.krisis.org/2014/kapitalakkumulation-ohne-wertakkumulation/> (consultado el 12/10/2017).

LOHOFF, E. (2016): "Die letzten Tage des Weltkapitals" in <http://www.krisis.org/2016/die-letzten-tage-des-weltkapitals/> (consultado el 10/10/2017).

MEW 13 = Marx, K. (1961): *Zur Kritik der Politischen Ökonomie* in *Marx-Engels-Werke* Bd. 13, Berlin 1961. (*Contribución a la crítica de la economía política*. México, Siglo XXI, 2008a)

MEW 23 = Marx, K. (1983): *Das Kapital, Band 1* Marx-Engels-Werke Bd. 25 Berlin 1983. (*El capital. Libro I*. México, Siglo XXI, 2008.)

MEW 25 = Marx, K. (1965): *Das Kapital, Band 3* Marx-Engels-Werke Bd. 25 Berlin 1965. (*El capital. Libro III*. México, Siglo XXI, 2009.)

MEW 42 = Marx, K. (1983): *Ökonomische Manuskripte 1857/58*. (*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Borrador. 1857-1858 (Grundrisse)*). Vol. 1. México: Siglo XXI, 2007).

PAHL, H. (2008): *Das Geld in der modernen Wirtschaft*. Frankfurt, Campus Verlag.

POLANYI, K., (1990): *The Great Transformation*. Boston (EEUU): Beacon Press.

POSTONE, M. (2003): *Zeit, Arbeit und gesellschaftliche Herrschaft*, Freiburg 2003. (Ed. esp: *Tiempo trabajo y dominación social: una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid: Marcial Pons, 2006).

POSTONE, M. (1991): “Nationalsozialismus und Antisemitismus”, *Kritik und Krise* 4/5.

SCHUMPETER, J. A. (1946): *Kapitalismus, Sozialismus und Demokratie*, Bern: UTB. (*Capitalismo, socialismo y democracia*. Barceloma: Página indómita, 2015).

SMITH, A. (1869) *Lectures on Justice, Police, Revenue and Arms, delivered in the University of Glasgow, by Adam Smith. Reported by a Student in 1763 and edited with an Introduction and notes, by Edwin Cannan*. Oxford (Reino Unido): Clarendon Press. <http://oll.libertyfund.org/titles/smith-lectures-on-justice-police-revenue-and-arms-1763> (consultado el 28/12/2017).

SMITH, A. (2005): *Wohlstand der Nationen*, München, Dtv verlag. (Ed. en esp.: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México DF: FCE, 1986).

STAVENHAGEN, G. (1969): *Geschichte der Wirtschaftstheorie*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.

TÜRCKE, Ch, (2015): *Mehr! Philosophie des Geldes*, München: C. H. Beck.

*Wirtschaftlexikon* (2015): “Geldbasis” en <http://www.wirtschaftslexikon.co/d/geldbasis/geldbasis.htm> (consultado el 12/9/2017).

**Ernst Lohoff**, nacido en 1960, vive en Nuremberg. Es editor de la revista de crítica social *Krisis - Beiträge zur Kritik der Warengesellschaft* y autor de numerosos artículos sobre cuestiones fundamentales y actuales de la crítica de la economía política. Sus últimas publicaciones son *Die letzten Tage des Weltkapitals. Kapitalakkumulation und Politik im Zeitalter des fiktiven Kapitals* (2016); *Kapitalakkumulation ohne Wertakkumulation. Der Fetischcharakter der Kapitalmarktwaren und sein Geheimnis* (2014); y *Auf Selbsterstörung programmiert* (2013). La mayoría de sus textos son de libre acceso en [www.krisis.org](http://www.krisis.org).